

## XII

Mientras el desgraciado niño se hacía mayor en el infierno de la Colonia de la Meseta, ¿qué había sido de su padre, de aquel Cristián Lescuyer que, por consideración á lo que el mundo llama respetabilidad, había cometido una falta de honor?

¡Sorprendeos, los aficionados á las ironías! Cristián Lescuyer no era dichoso.

Y, sin embargo, el injusto y caprichoso destino no había tenido para él más que favores y sonrisas.

De vuelta en Caén, el flamante doctor en derecho empezó por notar en su derredor algunos cambios notables. En primer lugar, el antiguo hotel de la calle de los Carmelitas había amenazado seriamente venirse abajo y el señor Lescuyer tuvo que decidirse á repararle. La casa, por con-

secuencia, no tenía el aspecto fúnebre de otro tiempo. Después, en la primera visita á la señora de Leger-Taburet, Cristián reconoció apenas á la señorita Camila, que había cambiado y puéstose casi bonita, y cuyos ojos le dijeron claramente y sin tardanza : « Te esperaba. »

Durante la ausencia de su hijo, el viejo y taimado magistrado había hecho respecto de aquellas señoras lo que en tiempo de las « conquistas del rey » hacía Vauban delante de Maestricht ó de Namur. Cuando Luis XIV llegaba en su carroza, el sitio estaba acabado y Su Majestad no tenía más que entrar triunfalmente en la plaza por la brecha. El corazón y la dote de la señorita Camila fueron ofrecidos á Cristián como las llaves de una ciudad; en bandeja de plata.

Se estaba vistiendo para la boda el dichoso novio y acababa de arrugar tres corbatas blancas, cuando le entregaron el correo de la mañana. Entre las numerosas cartas y esquelas de felicitación vió, con un gesto de descontento, una pobre misiva, en un sobre de tienda de comestibles y con el sobrescrito trazado en gruesa é incorrecta letra de nodriza, que él conocía muy bien, porque, en tiempos, había hecho latir su corazón. Era la carta de Perrinette.

La florista anunciaba á su antiguo amante que

BIBLIOTECA UNIV. DE LA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

había dado á luz con toda felicidad un robusto y pesado muchacho, en casa de una partera. Se había hecho la declaración en la alcaldía y pronto se le iba á bautizar con el nombre de Cristián. « Esto no te enfada ¿verdad? » Nada más decía la pobre joven, naturalmente tímida y avergonzada de su pasado. No pedía nada á su antiguo amante y hasta se servía, para escribirle, de frases casi respetuosas. Pero la inoportuna carta hizo subir al cerebro del joven una llamarada de cólera.

« ¡Buena es esa! ¿Pensará que me creo padre de ese muñeco? » murmuró echando el papel a fuego.

Y una hora después se arrodillaba al lado de la señorita Camila Letourneur ante el altar mayor de la Abadía de las Damas, en presencia de toda la buena sociedad de Caén y al sonido armonioso del órgano.

En aquel momento, sin duda, Perrinette, pálida en su cama de parida, miraba con ansiedad á la partera alinear encima de la colcha las cartas fatídicas y sonreía ante la esperanza de que Cristián, el caballo de oros, daría pronto noticias suyas á su apurada amiga, la sota de bastos, y se ocuparía del recién nacido. Pero el caballo de oros y la sota de bastos no debían volverse á ver en este mundo.

El caballo de oros acababa de ser nombrado juez suplente de Bayeux y se había instalado allí con su joven esposa, que, pronto en estado interesante, paseó su embarazo, con la ostentación de las primerizas, por los fríos salones y por las tristes calles del pueblo.

« Un muchacho serio; » así llamaban á Cristián sus colegas del tribunal. « Buena pareja, » decían las señoras.

Al poco tiempo y con algunas semanas de intervalo, murieron el magistrado y la señora de Leger-Taburet y sus amigos se asombraron, generalmente, de que tuviesen tanta edad, excepto algunos muy viejos que exclamaron : « ¡Cómo! ¡Ya! » Y esta fué la oración fúnebre que tuvieron los dos muertos. Pero los jóvenes esposos heredaron dos fortunas considerables y la opinión pública se mostró satisfecha. La opinión, siempre animada, ya se sabe, por un sentimiento de justicia, cree que la virtud sin la riqueza es un espectáculo inmoral. Esa caritativa opinión desearía, seguramente, que todas las personas honradas tuviesen rentas y que todos los canallas estuviesen en la indigencia. Desgraciadamente sucede con mucha frecuencia lo contrario (1) y la

(1) Casi siempre. N. de T.

opinión, para salvar sus principios, hace la vista gorda y cierra los ojos ante los vicios de los ricos y ante las virtudes de los pobres; de manera que todo se arregla á las mil maravillas.

Todo sonreía, pues, á la joven pareja. Cristián Lescuyer había realizado su ideal de vida correcta é irreprochable. Algunas veces, muy pocas, sentía oprimido el corazón y un ligero amargor de boca al recordar á Perrinette, á aquella desgraciada abandonada por él. Pero eran nubes de verano de las que pasan rápidamente ante el sol y no ensombrecen más que un momento el paisaje. Nada de fastidio, los hombres laboriosos no conocen eso, la estimación de todo el mundo y una mujer inteligente, dulce y modesta á la que amaba y por la que se veía adorado. Convengamos en que todo esto era demasiado hermoso.

La señora de Lescuyer, tan orgullosa con sus esperanzas de maternidad y que iba sin corsé á las reuniones de la Presidenta, tuvo un aborto, lo que fué para los esposos una amarga decepción á la que todo el mundo se asoció. « ¡La pobre joven! ¡Ella, que tiene todas las condiciones para ser una excelente madre de familia! » Y lo peor fué que el médico, á quien Cristián interrogó seriamente, hizo un gesto de mal augurio y re-

comendó que en caso de nuevo embarazo se tomasen las mayores precauciones.

Éste se presentó, tras de largos meses de espera, y Cristián, que deseaba ardientemente tener descendencia, vivió en la mayor ansiedad, aumentada por lo mal que su mujer soportaba su estado. « Cúidese usted; no salga de casa... Dispensamos á usted de visitarnos, » le decían sus amigas. Camila no salía jamás, no levantaba los brazos y se pasaba los días tendida en un sofá. El marido se apresuraba á volver á su casa después de la audiencia y preguntaba desde la puerta, con tierna impaciencia: « ¿Cómo te encuentras? »

¡Cuántas solicitudes acumuladas al rededor de un niño no nacido, digamos la palabra, de un feto!... Y mientras tanto, allá, en el *faubourg du Temple*, el hijo natural se criaba á la ventura, corría las calles, inspiraba *tirria* al amante de su madre y llevaba las primeras bofetadas.

El parto de la señora de Lescuyer fué trágico. En medio de atroces sufrimientos dió á luz una miserable niña, casi sin aliento, y murió sin haber podido siquiera dirigir una sonrisa á su hija.

El día antes de esta desgracia, Cristián, muy apreciado ya como juez y en vías de rápido ascenso, había recibido el nombramiento de ma-

gistrado suplente de la audiencia de Caén. La vuelta del viudo á la casa de la calle de los Carmelitas, ennegrecida de nuevo por varios años de abandono, fué siniestra. Los médicos más afamados de la ciudad, llamados sin tardanza para dar su opinión sobre la pobre niña, puesta en manos de una exuberante nodriza, no estuvieron muy tranquilizadores.

« Acaso... Con muchos cuidados... ¡Ah! Le costará á usted trabajo criarla... »

Cristián Lescuyer estaba desesperado. No podía ni trabajar. Se encerraba todos los días durante largas horas en la biblioteca de su padre y se entregaba á penosos estudios, pero siempre el recuerdo de su infortunio le llenaba de indecible tristeza y se inclinaba sobre el libro abierto, con la cabeza entre las manos y los hombros agitados por los sollozos.

Solamente podía salvarle una violenta distracción de su pena y no tardó en presentarse. Á la primera noticia de la declaración de guerra, Cristián se fué al ejército, no tanto por patriotismo como por un furioso deseo de hacer algo, de distraerse á toda costa de sus pensamientos, y acaso por un secreto deseo de hacerse matar. Sirvió en el ejército del Loira, se batió como un hombre que quiere morir, fué herido dos veces y después

de la campaña pudo colgar una cruz de soldado en su hopalanda de juez.

Entonces se sintió, si no consolado, más tranquilo. La salud de su hija inspiraba en aquel momento menos inquietudes y Cristián volvió á omar gusto á sus trabajos y pronunció con bastante talento algunos discursos fiscales. Por fin el tiempo produjo sus efectos. Algunos buenos amigos que tenía en el palacio de Justicia le hablaban ya de los inconvenientes de la soledad y le instaban á casarse otra vez. ¿Por qué no buscaba una buena muchacha de veinticinco á veintiocho años, no rica, puesto que él lo era por los dos, y que se consideraría muy dichosa en servir de madre á la niña María? Y Cristián no estaba lejos de seguir el consejo.

Un día de Octubre, sin embargo, después de un largo rato de contemplación ante la cuna de su hija, á la que el destete había ocasionado una nueva y peligrosa crisis, entró en la biblioteca más apesadumbrado que nunca. Tenía el cruel presentimiento de que aquella criatura no estaba destinada á vivir.

En la oscuridad de la grande habitación, tapizada de volúmenes de sombrías encuadernaciones, y en la que la lámpara, oculta bajo su pantalla verde, sólo alumbraba la mesa de des-

pacho, el desgraciado sintió un estremecimiento. Encendió las bujías de los dos candelabros de la chimenea y ante su imagen reflejada en el espejo retrocedió un paso con espanto.

¡Dios mío! ¡Qué delgado estaba, cómo habían encanecido sus cabellos! Con sus espesas cejas, las aterradoras cejas de los Lescuyer, se parecía á su padre, á aquel viejo á quien nunca pudo amar, niño ni joven; y Cristián se dejó deslizar desde ese recuerdo á dolorosos ensueños.

Frecuentemente había pensado, después de viudo, en Perrinette con un naciente remordimiento. ¡Ay! Solamente por temor de la cólera de su padre, ¡hacía ya ocho años! había cometido la única falta grave de su vida, el abandono de aquella pobre muchacha. Ahora que el dolor le había enternecido el corazón, reconocía que había sido para ella muy cruel y muy culpable. ¿Quién sabía si todas las desgracias que le habían herido, su glacial viudez, tantas angustias á la cabecera de su hija, no eran una expiación? Cristián conservaba sentimientos religiosos y creía en una justicia suprema. Había pecado y se inclinaba ante el justo castigo. ¡Y sus amigos que le aconsejaban casarse de nuevo y buscar otra vez la dicha!

¿La dicha? No la merecía. ¡Había cometido

una villanía! Porque lo era el haber dejado brutalmente á una mujer que le había amado y que estaba embarazada, acaso de él... Como magistrado había privado de la libertad á algunos desgraciados ó les había herido en su honor por faltas menores, si no ante el código, á los ojos de la conciencia. Pero, en buena equidad, ¿bastaba que el mal hubiese sufrido su castigo, habiendo acaso todavía alguna probabilidad de repararle? Si fuera á arrodillarse ante un confesor, ¿qué le aconsejaría éste? No sólo cumplir la penitencia, hacer limosnas y rezar, sino, además, buscar á las víctimas de su mala acción y borrar en lo posible sus efectos.

Pues bien, ¡él trataría de hacerlo! Sí, ese era su deber, esa la conducta de un hombre honrado. Él encontraría á aquella mujer y á aquel niño, ¡en la miseria, probablemente! él los socorrería y les daría pruebas de una sincera, aunque tardía bondad. Poco le importaba que el niño, Cristián, cuyo nacimiento le había participado la madre, fuese ó no suyo. Se encargaría de su educación, se constituiría en protector suyo y trataría de amarle. ¡Oh! sí, le amaría como á un hijo... Entonces recobraría, sin duda, la paz del corazón, se creería perdonado y pediría con confianza al Dios de bondad que le dejase su hija.

Era el fin de Octubre y las vacaciones judiciales iban á terminar; pero Cristián podía aún disponer de ocho días. Y animado por aquel rasgo de puro arrepentimiento y con el corazón aliviado por su honrada determinación, se puso en camino para París.

He aquí la ocasión de colocar la metáfora popular « una aguja en un pajar. » Cristián Les-cuyer recorrió las calles sin encontrar la más pequeña huella de la mujer ni del niño que buscaba. Aunque destruyó la última carta de Perri-nette, recordaba vagamente que había sido escrita en casa de una partera de Vaugirard. Pero la partera había muerto hacía dos años y el fiscal interrogó en vano á todas las comadronas de aquel barrio. Sin gran esperanza fué á la calle de Ulm y se encontró con que la casa en que vivía en otro tiempo la florista había sido demolida. Recurrió, por fin á la policía y subió y bajó cien veces las escaleras A y los pasillos B de la prefectura, pero nada, ni el menor indicio. En aquellos momentos el muchacho, que se había quedado ya sin madre, estaba todavía en casa del carpintero, llevaba un nombre que no era el suyo y se encontraba solamente en vísperas de hacerse un vagabundo y después un penado. Acaso seis meses después se hubiera podido enseñar al señor fiscal de la Au-

diencia de Caén el nombre de Cristián, su propio nombre en algún registro de cárcel; pero en aquel momento era el niño más difícil de encontrar que un pájaro en una floresta. Todas las pesquisas fracasaron.

Descorazonado después de una fatigosa semana de caminatas y gestiones, el magistrado tuvo que resignarse á volver á Caén, pero quiso ver antes á Francisco Donadieu. El escultor, que hacía mucho tiempo se había casado con Eloísa, estaba ya entonces reputado como un maestro, tenía algunos encargos y ganaba bien la vida. Estaba en su taller de la calle de Fleurus trabajando en hacer un boceto de cera para una estatua ecuestre, cuando vió entrar un hombre de luto, con enormes cejas grises y fisonomía profundamente triste. Para reconocer á Cristián tuvo que hacer un esfuerzo de memoria.

El artista no ignoraba las desgracias de su antiguo amigo, la muerte de su mujer y la precaria salud de su hija. Se echó en los brazos de Cristián y le hizo la más calurosa acogida.

« ¿Comes con nosotros? Eloísa se alegrará mucho de verte. »

Pasaron una hora de amistosa conversación llena de recuerdos, sentados juntos en un diván del taller y Cristián se sentía consolado en aquella

cordial atmósfera. Al anochecer se cogieron del brazo y se fueron á la calle de Brea, donde vivía Donadiou en un piso de obrero. El escultor, aunque ya célebre, era todavía casi pobre. En el comedor, muy pequeño, pero alegremente adornado con pinturas y platos antiguos de Rouen, estaba Eloísa, la siempre hermosa pero ya demasiado gruesa rubia, poniendo la mesa. Ofreció las dos mejillas al magistrado, puso en seguida un cubierto para él y se fué á buscar la sopa.

En cuanto se sentaron, un gatazo pardo de enorme tamaño saltó al mantel y se sentó sin cumplimientos al lado del plato de la señora de Donadiou.

« ¡Ah! Ya estás aquí, gran glotón, » dijo ésta en tono maternal, inclinándose hacia el minino y dándole entre las dos orejas un sonoro beso, que él recibió con la más ingrata indiferencia.

— No te escandalices, señor fiscal, dijo el escultor. Te presento al señor Micifuz, como si dijéramos, al dueño de la casa... ¡Qué diablo, chico! aquí no estamos en el mundo oficial... ¿Ves? Ni siquiera me he puesto mis condecoraciones para comer esta sopa de lentejas... Y, después de todo, el Protocolo no designa el sitio del gato en las ceremonias... Pero mi mujer no haría bien la digestión si Micifuz no comiera en el borde

de su mismo plato... ¡Qué quieres! añadió con alguna melancolía, cuando no se tienen hijos, ya se sabe, se vuelve uno tonto con los animales. »

Durante toda la comida Donadiou, muy contento por tener á su lado á su antiguo amigo, mostró la más cordial alegría y dijo mil bromas que hicieron asomar la sonrisa á los labios entristecidos de Cristián. La buena Eloísa reía con toda su alma de la pintoresca charla de su marido, sin desatender á Micifuz que era, por lo visto, para ella un personaje digno de la mayor consideración, pues le daba los mejores bocados mientras le llamaba bribón, hipócrita y goloso y le acusaba de toda clase de vicios, sin que el prudente y tranquilo animal pareciese emocionado por aquel chaparrón de tiernas injurias.

Cristián, por complacencia, rascaba al gato en el pescuezo y admiraba su hermoso pelo.

« Donadiou tiene razón, dijo Eloísa. Si tuviéramos un niño no le querríamos más. El invierno pasado nos causó una gran inquietud, el muy canalla... Ya no es joven... Siete años... Y figúrese usted, señor Lescuyer que le tuvimos con dolores reumáticos. El imbécil del veterinario mandaba el salicilato... Pero yo no quise dárselo, porque dicen que esa droga hace daño al cerebro... ¡Micifuz es tan inteligente!

Cristián dejó á sus amigos encantado por e espectáculo de aquel matrimonio tan perfectamente unido, de aquella casa de artista, de aquellas costumbres llenas de bondad y de sencillez.

« ¡Qué feliz es este Donadieu! pensaba suspirando de envidia en el vagón que le conducía á Caén. ¡Ah! Qué razón tienen los que aceptan la vida como se presenta y no sacrifican nada á las preocupaciones corrientes ni á las tonterías sociales... Mi asunto es muy sencillo... No he podido reparar el crimen de mi juventud y tendré que vivir con ese peso sobre la conciencia. »

Volvió á su casa y se enclaustró en aquella lúgubre vivienda, para engolfarse en el trabajo y en el estudio. Su hija, siempre muy débil, crecía, sin embargo, y se criaba á su lado, en poder de criadas. Y los años pasaron monótonos para Cristián, rodeado de la estimación y de la lástima de todo el mundo por su integridad, por su saber, por su constante viudez y por sus cuidados paternales. El señor Lescuyer, citado como un magistrado de mérito excepcional, fué nombrado en seguida en propiedad fiscal de la Audiencia y vió abrirse ante él un hermoso porvenir. Pero Cristián no tenía ambición y sólo buscaba en el trabajo una especie de narcótico para adormecer su tristeza. El tiempo suavizó algún tanto sus remor-

dimientos, que ya no le atormentaban con tanta viveza, pero, sin embargo, en las noches de solitario estudio, cuando, ya cansado, dejaba caer la pluma y permitía á su espíritu flotar por los espacios del recuerdo, aquel pensamiento fijo acudía á su mente más agudo que nunca y pensaba que existía en alguna parte un hijo sin padre, un bastardo abandonado que le maldecía. Y entonces una penosa angustia le oprimía la garganta y oía dentro del pecho, hacia el corazón, un latido acompasado y sordo.

¿Quién sabe si ese latido era el eco misterioso de los pasos del infeliz penado que, allá, en la colonia, marchaba, marchaba siempre, durante horas y horas, en el cuarto de disciplina?